



LA RENOVACION DEL PROYECTO SOCIALISTA

Alfonso GUERRA

(A propósito del libro «*La Segunda Renovación. Intrahistoria del PSOE*», volumen IV)

Una aportación importante a la historiografía del PSOE

Conozco, desde sus inicios, el esfuerzo tenaz de los hermanos Carlos y José Martínez Cobo para la realización de este trabajo del que ahora se publica el cuarto volumen. La obra en su conjunto es la crónica de una larga y decisiva etapa en la vida del Partido Socialista Obrero Español. Empieza en los años 30, con los Congresos del 32, y culmina en el cuarto volumen con el Congreso de Suresnes, de donde surge un socialismo renovado bajo el liderazgo de Felipe González.

Estas páginas tienen el valor y la sencillez de lo real. Sus autores no pretenden en ellas juzgar ni interpretar. Desde una actitud serena y alejada de intenciones polémicas o ideológicas se limitan a darnos un testimonio repleto de riqueza humana. Me atrevo a recomendar la lectura de esta obra no sólo a los militantes socialistas, sino a cuantos deseen profundizar en el conocimiento de una etapa de la historia del Partido Socialista, que es también una página de nuestra historia contemporánea.

Los autores precisan que su aportación se hace desde dentro del PSOE. No sólo por la documentación y los testimonios recogidos del partido y sus militantes, sino también por su propia experiencia como miembros del Partido Socialista y como personas que sufrieron, como otros muchos compatriotas, el exilio a temprana edad. Se da en Carlos y José Martínez Cobo una circunstancia añadida y es que su padre, Carlos Martínez Parera, fue miembro destacado de la ejecutiva socialista en el exilio. En consecuencia, tanto la familia como las amistades, así como su temprana militancia socialista, impregnan y forman parte sustancial de la vida de los autores de este libro. Ello, lejos de representar un inconveniente para un libro de este tipo, considero que constituye su ventaja y mérito más destacado, la condición primera sin la cual este libro no hubiera sido posible. Nadie que no haya vivido tan intensamente la vida interna del Partido Socialista durante decenios podría haber escrito un libro tan lúcido y clarificador, tan lleno de amor al Partido Socialista y tan objetivo a la vez. Pienso que la objetividad y el amor por los temas de estudio no se contradicen sino que, por el contrario, ayudan a comprender la verdad histórica que se busca. De la importante información que este libro aporta otros podrán hacer, y sin duda harán, valoraciones e interpretaciones políticas e históricas que los autores se han negado a sí mismos. Su trabajo ha consistido, básicamente, en recopilar y ordenar con minuciosidad y rigor una amplia documentación escrita y numerosos testimonios orales, que permiten acercarse a la difícil y compleja realidad española de la época.

En el libro *La Segunda Renovación* se afirma que el proceso ininterrumpido de renovación del PSOE ha caminado parejo al de la propia renovación de la sociedad española. Ello es verdad, y en el texto se siguen las huellas de los cambios de nuestra sociedad y del PSOE.

El Congreso de la renovación, Suresnes, cobra así una nueva luz. No es un hecho aislado, sino el fruto de un proceso largo de maduración del Partido Socialista, al compás de la sociedad española. En él participaron muchos militantes y dirigentes socialistas, unos siguen trabajando por las ideas socialistas, otros ya han desaparecido. En la década de los 60 existió un arduo debate en el PSOE acerca de las perspectivas institucionales del posfranquismo (monarquía, república), de la alianza con los comunistas y de la unidad de los socialistas. De los tres temas se aportan importantes datos históricos en el libro.

El XI Congreso del Partido

Los autores Cobo hacen una verdadera crónica de la renovación. Comienzan con la descripción de la evolución de la crisis con la UGT, organización que ellos llaman «más que hermana, gemela del PSOE». Crisis que se centra en la discrepancia alrededor de un tema clave: ¿dónde debe radicar la dirección? ¿en el exterior o en el interior?

Cuestión repetida en el undécimo Congreso del Partido, en agosto de 1970, donde se produjo la controversia entre Rodolfo Llopis y Felipe González.

A las diez menos cuarto de la noche subió a la tribuna, rompiendo el hábito de clandestinidad en que los dirigentes del exilio mantenían a los delegados del Interior desde 1961. Fue un duro debate, con muchas tensiones y que se prolongó hasta una hora avanzada de la noche. La intervención de Felipe González causó impresión por el rigor de sus análisis, la serenidad de sus planteamientos, la sencillez y eficacia de su lenguaje, y la habilidad de su argumentación. Llopis no estaba acostumbrado a enfrentamientos de este tipo y a palabras como éstas: «Nosotros no hemos impuesto los Pirineos. Nosotros no quitamos la libertad a nadie para que ejerza la política del otro lado de la frontera, en España, que es donde ahora hay que ejercerla». Sintiéndose derrotado, hubo de reconocer la insoslayable y necesaria autonomía del Interior.

El Congreso supuso un paso decisivo para la renovación de las organizaciones socialistas. En efecto, a partir de entonces se van a precipitar los acontecimientos. El libro continúa con la pormenorizada descripción de la escisión que se produjo y la creación del llamado PSOE histórico.

Rodolfo Llopis, viendo que ocurriría en el Partido lo que ya había sucedido en la UGT, se parapetó en la excusa de las relaciones con los comunistas, consecuencia de un acuerdo político adoptado conjuntamente por las Ejecutivas del PSOE y de la UGT, para negarse a convocar al Comité Director del Partido, en diciembre de 1971.

Tras varias dilaciones, el Secretario General encontró un nuevo pretexto en la publicación por el periódico *El Socialista* de un artículo titulado «Los enfoques de la praxis», que analizaba las relaciones entre la teoría y la práctica en la acción política. En lugar de convocar el Congreso envió una declaración de incompatibilidad entre los miembros de la Comisión Ejecutiva del Exterior y sus compañeros del Interior.

La dirección del Interior optó por celebrar el Congreso en las fechas previstas. Me correspondió a mí acudir a Toulouse para preparar el XII Congreso del PSOE.

El XII Congreso

En el 69 de la Rue du Tour, entre los escasos metros de la sede del Partido que podíamos utilizar y las modestas oficinas que puso UGT a disposición del Partido, Antonio García Duarte, Pepe Mata, Juan Iglesias, Julio Fenández y Máximo Rodríguez Valverde trabajamos in-

tensamente, pues sólo contábamos con un mes para preparar el Congreso.

Se celebró el Congreso durante los días 13, 14 y 15 de agosto de 1972, que nombró una dirección colegiada. «Al concluir el Congreso, los militantes, puestos en pie, entonaron emocionados *La Internacional*. Eran conscientes de haber vivido un momento importante de la historia del Partido. A pesar del desgarró que suponía el apartamiento —por lo demás voluntario— de compañeros, amigos y hasta familiares, se tenía la impresión o, mejor, la certeza de que con este Congreso concluía una pesadilla en la que había estado sumergido el Partido en general y el sector renovador en particular. Percibieron unos que devolvían, y otros que recuperaban un legado abnegadamente conservado por todos, incluidos los ausentes, durante años».

«A tiempo, antes de la definitiva caída del franquismo, el PSOE se había dotado de nuevos métodos de lucha, poniéndolos en manos de renovados dirigentes, como renovada era la sociedad española. Para unos y otros, propios y extraños, juzgando de forma imparcial, en el XII Congreso renació el PSOE».

A partir de aquel momento se marcaron dos objetivos políticos nuevos:

— conseguir el reconocimiento internacional frente a las aspiraciones de los escisionistas;

— alcanzar la unidad socialista, no sólo referida a los que se separaban en aquel acto del Partido, sino de todos los que reclamándose del socialismo no estaban en las filas del PSOE.

Objetivos que habrían de conseguirse, el primero pronto, el segundo más lentamente, pero de manera igualmente eficaz. Así, habían de agruparse en el PSOE los socialistas del PSOE histórico, los del PSP, liderados por el profesor Tierno, y los de la Federación de Partidos Socialistas.

El Congreso de Suresnes

En octubre de 1974, en un pequeño pueblo de las afueras de París, en el Teatro Jean Vilar, se reúne el XIII Congreso del Partido. Es el Congreso de Suresnes. En él se habrían de elaborar las propuestas básicas que defendería el PSOE durante la transición política española. Pero, fundamentalmente, se tomaron tres decisiones claves para el futuro del Partido y, como consecuencia posterior, para el futuro de España:

— se optó por un proyecto autónomo socialista, sin dependencias de otras organizaciones políticas o sociales;

— se construyó un discurso político que implicaba la búsqueda de la mayoría social para el cambio en España. Es decir, se acordó un proyecto social de mayorías que significaba la voluntad, la responsabilidad de gobernar;

— se depositó la confianza política en un nuevo equipo dirigente encabezado por Felipe González.

Aún quedan algunos incrédulos que niegan a los delegados del Congreso de Suresnes la enorme intuición de haber fijado esos tres criterios que darían lugar a tantos acontecimientos posteriores en España. No puedo decir que en Suresnes se previera que Felipe González sería el Presidente del Gobierno más duradero de nuestra historia contemporánea, o que Felipe fuera flanqueado, 17 años después de Suresnes, por los presidentes de los Estados Unidos y de la Unión Soviética, como anfitrión de una Conferencia de Paz. Pero sin duda supimos que sería el protagonista principal de la historia de nuestro Partido y que jugaría un papel importante en la historia de nuestro país.

Hubo incluso quien lo expuso en la tribuna del Congreso. François Mitterrand, dirigiéndose a los delegados, dijo: «A nosotros nos parece que sois un Partido con buena salud, lleno de ardor y sabiendo prepararse para responsabilidades que todo demuestra están próximas. Y cuando decimos próximas no hablamos de un mes o semanas, sino de pocos años. Lo importante es saber que esta generación no pasará sin afrontar las responsabilidades del poder».

Asimismo, Suresnes fue un Congreso de definición ideológica. En la ponencia política figuraba un séptimo punto que definía al Partido como marxista. El punto fue retirado de la redacción final a petición de la Comisión Ejecutiva y de Felipe en concreto, adelantando así un debate que había de reproducirse en el año 79, en el famoso 28º Congreso, que zanjó la cuestión. Merece la pena detenerse a pensar en la previsión del PSOE, en clandestinidad, reunido en el exilio, que se adelantaba casi dos décadas a los posicionamientos que hoy son comunes en la izquierda.

He hablado del acierto de Suresnes eligiendo a Felipe como Primer Secretario; debo referirme ahora a la desviación histórica en la que se ha incurrido repetidamente al referirse a aquella elección y que éste libro sitúa en lugar apropiado. Me refiero a la invención del denominado «Pacto del Betis» que nunca existió, lo que confirma el libro con datos y aclaraciones de diversas personalidades socialistas, como el propio Nicolás Redondo, candidato primero a la secretaría del Partido, que optó por dedicarse a la tarea sindical en la UGT.

En Suresnes se optó también por la unidad de acción de todas las fuerzas antifranquistas, lo que incluía al Partido Comunista, tema éste

de gran debate entre la dirección exterior e interior del Partido. La evolución histórica ha hecho que muchos de aquellos comunistas estén hoy en el PSOE, incluyendo los que se agrupaban en el partido de Santiago Carrillo, que hace sólo unas fechas han venido al Partido.

El libro, además de incluir unos muy interesantes anexos para que el lector pueda por sí mismo enjuiciar los datos históricos a través de documentos fundamentales, termina con un capítulo a modo de conclusión, en el que se dice: «Acerca de la renovación se ha escrito abundantemente y existen versiones para todos los gustos y con toda clase de aderezos. Esperamos haber demostrado lo que fueron para nosotros verdades históricas, razones, actitudes y resultados de dicha renovación: que el tan citado Congreso de Suresnes no fue más que la culminación de un largo proceso político comenzado varios años antes. Que no fue éste fruto de un enfrentamiento entre el Interior y el Exilio, pues militantes y dirigentes de la nueva concepción orgánica y táctica del Partido se hallaban a ambos lados de la frontera, dentro y fuera de España. Tampoco debe de entenderse como conflicto generacional o, al menos exclusivamente, como divergencia entre jóvenes y veteranos: en la renovación convergieron militantes sin distinguos de edad, si bien la juventud se mostró más proclive al cambio, obviamente por el dictado de la ley biológica. En suma, veteranos con historia y responsabilidades, militantes con muchos años de organización a costas contribuyeron sin diferencias al talante renovador y a su ejecución».

No hubo discrepancia ideológica: el socialismo «pablista» fue asumido íntegramente por renovadores y por quienes, anclados en actitudes inmovilistas, vinieron a llamarse históricos. También se desprende de nuestro estudio que la renovación no fue ningún «golpe de Estado» preconcebido y repentino, sino que fue el producto de un largo acontecer político, desarrollado a lo largo de la década de los años 60, acelerado en sincronía con la evolución de la propia sociedad española y dentro de las posibilidades mismas del PSOE, de la UGT y de las Juventudes Socialistas en su revitalización. En otras palabras, el espíritu renovador alcanzó su triunfo cuando en las organizaciones socialistas fueron mayoritarias las formulaciones innovadoras en torno a la concepción estratégica y organizativa que debía presidir las actuaciones del Partido y alentar su futuro.

Aquel futuro es nuestro presente

Tras Suresnes, el Partido se legaliza, acude a las primeras elecciones democráticas con notable éxito y, a los cinco años, obtiene un apoyo popular muy importante, lo que significa la responsabilidad de Gobierno. Nueve años se cumplen ahora de gobierno socialista. Nueve años en los que la labor realizada ha sido de tal importancia y trascendencia que ha dado un giro a la trayectoria histórica de España. Y todo

ello sin perder el apoyo popular, como quedó bien demostrado en las elecciones municipales y autonómicas de mayo pasado, y en las muy recientes elecciones parciales, en las que a pesar del optimismo del dirigente del Partido Popular, el Partido Socialista ha superado en más de 20 puntos al partido conservador.

Futuro, por tanto, prometedor para el partido, pese a las acciones de los sectores conservadores, que vienen intentando la quiebra electoral e interna del Partido Socialista desde el año 86, financiando operaciones reformistas, intentando el desprestigio de sus dirigentes y procurando la división interna de los socialistas. Estos sectores poco respetuosos con el sistema democrático están rozando la perfección de la agitación y propaganda cuando, dirigiendo todas sus baterías contra mí, acaban calificándome como el acosador. Hay grupos conservadores que quieren ocupar este partido y creen haber encontrado una roca en la puerta. Interpretan que la he puesto yo. Y la quieren quitar.

El final del siglo

¿Qué futuro nos aguarda? ¿Qué libro habrán de escribir Carlos y José Martínez Cobo y tantos otros sobre el socialismo español en la última década del siglo XX?

El siglo XX ha estado dominado por dos grandes ideas: la idea de progreso, de avance de las ciencias, y la idea de que ese avance podría organizarse, canalizarse por un sistema nuevo, consecuencia de la Revolución de Octubre. Hoy el avance de la ciencia está contestado por la creciente conciencia ecologista que teme la destrucción del planeta, y por el temor de que los valores de las humanidades sean desplazados definitivamente por los nuevos conceptos de la técnica.

Por su parte, la alternativa de modelo de sociedad comunista ha caído catastróficamente por la opresión, por la falta de libertad, por el *gulag* y por la ineficacia económica y social.

El siglo que termina prevé una sociedad nueva más abierta, implacable con los dogmas, más vigilante con la igualdad de derechos y más exigente con el derecho a la diferencia; a ser diferente sin ser convertido por ello en disidente. Pero también una sociedad que puede ser víctima de los poderes que manejan el flujo de la comunicación.

La revolución tecnológica ha reducido el tiempo de trabajo disponible. La técnica ha aportado la forma de llenar ese tiempo con la aparición de la televisión, que viene a ocupar unas cuatro o cinco horas diarias de la vida de cada persona. Cuando la revolución de los ordenadores de quinta generación consiga reducir aún más el tiempo del trabajo, bastará para los técnicos hallar una nueva «distracción», como lo fue la televisión, que llene otras cuatro o cinco horas, para que la

actividad de la humanidad en los países desarrollados se limite a una pasividad total. Este es uno de los peligros contra el que las ideas de progreso cualitativo, de justicia y de solidaridad deben hacer avanzar la historia, que no ha acabado como dicen algunos, sino que más bien no ha hecho más que empezar.

El neoconservadurismo se agita alborozado repitiendo que la caída del comunismo supone el triunfo del capitalismo. Se oculta deliberadamente que el capitalismo, que nunca ha permitido el libre mercado, no ha resuelto los problemas de una humanidad doliente en sus tres cuartas partes de desnutrición, ignorancia, enfermedad y muerte.

Con el fracaso del modelo comunista de sociedad, el socialismo democrático encarna hoy con más fuerza, con más posibilidades, pero con no menos necesidad de esfuerzo, la alternativa política de izquierdas, que combina la pasión y el compromiso por la libertad, el desarrollo económico con equidad y solidaridad, con una economía mixta, un socialismo de mercado, con políticas igualitarias, legislación social, ofreciendo el acceso a los ciudadanos a la cultura, a la sanidad, protegiendo a los ciudadanos en situaciones de marginación, de desempleo, de pobreza. Este es el mensaje del socialismo que estará vivo mientras existan injusticias en el mundo.

El neoliberalismo propone de nuevo que los hombres en el poder obedezcan sólo a la lógica de las fuerzas económicas, en lugar de a las ideas. Los resultados económicos no son el único dato de la realidad. Están presentes también las ideas de transformación.

Las señas de identidad de la izquierda

Desde la Ilustración, la política es la prolongación de la filosofía por otros medios; es decir, de la idea de que el hombre es un ser histórico y de que la historia tiene un sentido, que se encarna en un proyecto de razón, de progreso y de verdad.

Hace unas décadas se puso de moda hablar del fin de las ideologías. Cuando aparece lo que llamamos el Estado del bienestar, las derechas sostienen que ya no hay luchas ideológicas, que todos buscan el incremento del bienestar de los ciudadanos y que por tanto las ideologías han muerto. Y hace unos años se ha llegado a hablar incluso del fin de la historia. Ahora estamos en el fin del siglo. El milenarismo y los fundamentalismos religiosos y políticos aparecen por doquier y se crean ciertas confusiones. Hemos señalado con insistencia cómo hoy aprovechadamente se introduce la confusión entre mercado y democracia, como si fueran una misma cosa, y hemos señalado hasta la saciedad cómo en algunas épocas y lugares la existencia del mercado no ha garantizado la democracia, sino que ha habido regímenes autori-

tarios con un mercado llamado libre que en realidad es bastante prisionero de intereses internacionales; que es compatible el mercado con la ausencia de democracia, aunque no sea compatible la democracia con la ausencia de mercado, como hemos visto en los países del Este.

Ello plantea algunas preguntas: ¿Existe hoy la contradicción que existía en los planteamientos ideológicos de la izquierda entre mercado y planificación? ¿Es compatible hablar de mercado y planificación? ¿Es posible hablar de economía socialista de mercado y, en ese caso, en qué se distingue de la economía «capitalista de mercado»? Preguntas también sobre si el modelo de contrasociedad que representaba el socialismo respecto del capitalismo, el modelo de sistema contra sistema, es hoy válido o no. Si en la nueva sociedad, en cuyo umbral nos encontramos, con los cambios tecnológicos, la modificación estructural de la clase obrera tradicional —mas técnica y de servicio y menos de producción—, con las nuevas preocupaciones y muy señaladamente la medioambiental, y con la aparición de los poderes transnacionales —a veces con más poder que los propios gobiernos—, los principios de solidaridad internacional siguen siendo válidos, cuando existen contradicciones tan brutales como que el coste de un solo submarino nuclear sea similar a los presupuestos de 23 países en el mundo, o que suponga lo mismo que exigiría la erradicación de cinco epidemias internacionales que matan un millón de niños al año.

Es decir, ante cierta confusión por dificultad de diferenciación, la pregunta es si no se hace más necesario poner más en claro, en mayor evidencia ante la sociedad, las señas de identidad de la izquierda. Porque lo que ha ocurrido en la Unión Soviética tiene dos conclusiones claras. La primera, el hundimiento del sistema comunista viene a dar la razón a los planteamientos que desde comienzo de siglo hacían los socialistas, que dijeron no al sistema que la III Internacional pretendía hacer general. La segunda conclusión es que pese a eso en el socialismo influirá el hundimiento del comunismo, porque hay una identificación muy extendida entre socialismo y comunismo, que es naturalmente aprovechada por la derecha, a sabiendas de lo injusto de la acusación. Fue el socialismo español el primero, en 1921, en señalar que el sistema comunista era un sistema que llevaría al fracaso a los países en que se había implantado por la falta de libertad.

Esta confusión hace más evidente que debemos reflexionar sobre la necesidad de la diferenciación de las opciones políticas que, además de clarificar, dará vigor a la vida democrática y evitará el peligro de indiferencia política entre los ciudadanos, al no distinguir muy claramente opciones políticas de un color y de otro.

La permanente búsqueda del pacto invalida a veces las propias políticas que se quieren realizar mediante el pacto. Es verdad que el con-

sensu como método general vacía una parte importante de la vida democrática, que es la diferenciación política, la diferenciación ideológica. El consenso como método para los temas de estabilidad constitucional no sólo está justificado sino que es necesario cuando se redacta una Constitución, cuando se elabora una ley electoral, cuando se realiza un pacto autonómico, cuando se quiere lograr un pacto entre partidos de toda ideología contra el terrorismo. En lo constituyente, el consenso es un método no sólo conveniente sino muchas veces imprescindible, pero extenderlo a lo que podríamos llamar política ordinaria, política sectorial, política de transformación social, no sólo crea una confusión sino que además le hace perder vitalidad a la vida democrática porque no hay diferenciación política e ideológica para los ciudadanos.

Por tanto, la sistemática política del pacto deja en manos de otro o de otros la legitimidad de esa política y hasta la existencia de esa política. Para buscar coincidencias con los otros con frecuencia se recurre a un lenguaje que sea lo menos ideológico posible, lo más técnico posible.

Frente a la corporativización de la sociedad que se está dando en el mundo occidental no podemos ofrecer exclusivamente una visión técnica o una visión sólo apoyada en los principios de gestión o en los principios de eficiencia, sino que las ideas tienen que dar, ahora más redobladamente, un sentido a las políticas concretas que los partidos tienen que defender desde la oposición o desde los gobiernos.

El desafío del socialismo democrático

Por primera vez en su historia contemporánea, España ha hecho una profunda experiencia de la democracia y avanza de forma decidida por el camino de la modernización. La consolidación de las Autonomías, la vitalidad de los ayuntamientos, el dinamismo de la economía, el nacimiento de un Estado de bienestar, la apertura al mundo, son rasgos de una sociedad que madura de día en día. Sin embargo, la modernización de España y el cambio social que proponemos los socialistas tan sólo han comenzado.

En el pasado, el proceso de modernización podía ser una tarea difícil, pero el camino parecía claro: bastaba con adoptar reformas y soluciones que ya se habían aplicado con éxito en sociedades más avanzadas. Hoy, en cambio, el camino que debemos recorrer en España no puede seguir mapas trazados de antemano, pues vivimos en un mundo que atraviesa una transformación global, quizá sólo comparable a la que en su momento supuso la Revolución Industrial.

Está naciendo una nueva sociedad, cuyas principales tendencias podemos vislumbrar, pero que nos plantea el reto de un futuro abierto. A

nuevas formas de producir y de vivir se une un cambio sustancial del mapa político surgido de la II Guerra Mundial, con el ascenso de la Europa unida como nuevo polo de referencia, mientras asistimos al declive del sistema comunista y al final de la política de confrontación Este-Oeste. Al mismo tiempo, la economía se reequilibra, adquiriendo Japón y Europa occidental un peso creciente frente a la hegemonía norteamericana de posguerra, a la vez que aumentan las distancias entre el Norte y el Sur del mundo.

En ese contexto de cambios, el socialismo democrático permanece como un proyecto de búsqueda de la emancipación social, de combinación de la libertad individual con la seguridad y la solidaridad colectivas. Este proyecto se enfrenta al modelo neoconservador, que pretende perpetuar las desigualdades en nombre de la vuelta al mercado sin trabas, propio del capitalismo salvaje.

Europa es hoy un escenario donde se juega la partida entre el modelo neoconservador y el proyecto socialista democrático de sociedad, y nuestro país está ahora en una posición crucial, tanto en lo que se refiere al debate de ideas como a la tarea de construcción de Europa. Por eso, de la orientación de España dependerá, en parte, la relación de fuerzas en la Europa unida y que ésta pueda llegar a ser un ejemplo de los valores de libertad y solidaridad, un polo de referencia para quienes en el mundo apuestan por el socialismo democrático.

Este es el desafío. Ante él, desde el Estado y desde la sociedad, desde la política y la vida cotidiana, el proyecto socialista debe renovarse a sí mismo para seguir siendo instrumento de transformación social y ofrecer una alternativa a quienes desean un mundo más justo y más habitable. Un mundo que debemos ser capaces de imaginar y por el que estamos dispuestos a trabajar, a partir de la herencia histórica del movimiento socialista que nos describe este libro, y mediante el análisis de las nuevas realidades que están naciendo ante nuestros ojos. Los socialistas nos enfrentamos al futuro con un nuevo impulso político que siente las bases de progreso para la nueva sociedad y adecúe las tareas del Partido Socialista Obrero Español a esta época de nuevos desafíos.